

READING PLAN

Chapter:

4th

SECONDARY

El cuento del sepulturero
Lastenia Larriva



 **SACO OLIVEROS**



Fui la primera peruana en publicar un libro de relatos titulado *Cuentos* (1919) y pionera de la narrativa fantástica femenina.



¿Qué harías si un familiar regresara a la vida? ¿Cómo lo recibirías?

ORGANIZADORES VISUALES (EL MAPA SEMÁNTICO)

Son herramientas que permiten organizar la información de una forma visual, facilitando el aprendizaje, ya que permite plasmar el contenido educativo o instructivo de una forma más dinámica.

Pasos para construir un mapa conceptual

1. Lectura y selección de información relevantes (se utiliza el sumillado o el resumen)
2. Diseñar el esquema de acuerdo a las características e ideas que se busca organizar

O. S. R.

Lastenia Larriva de Llona

OBRAS COMPLETAS — TOMO II

CUENTOS

Ilustraciones de Cárdenas Castro



LIMA - PERU

1919

CUENTOS

Lastenia Larriva de Llona

MAQUINACIONES
n a r r a t i v a

El cuento del sepulturero

—¿La muerte es un bien?

—¿La muerte es un mal?

—La muerte es el peor de los males. —¿Para quién?

—¿Para el que muere? ¿Para los que sobreviven? —
Para el que deja por siempre esta vida, que por mucho que en contra de ella se diga es siempre amable.

—Para los que aquí se quedan, si el que ha muerto era muy amado de ellos.

—De la muerte del ser más querido se consuelan todos, más pronto o más tarde.

—Es sabia ley de la naturaleza. —Sin embargo, se dan casos...

—Cuando existe o sobreviene un desequilibrio mental, las personas de cerebro bien organizado se consuelan siempre.

—¿Es eso un elogio o un reproche?

—Ni una ni otra cosa. Es simplemente hacer constar un hecho.

—¿No cree usted que hay muchas personas que desearían ardientemente que resucitaran sus deudos, a ser esto posible?

—No, no lo creo.

—¡Escéptico!

—¡Este hombre es terrible!

—Desengañense ustedes: bien están los muertos en sus tumbas.

—¿Se ha muerto usted alguna vez?

—Todavía no, pero para cuando llegue el caso no quiero resucitar. Afortunadamente no anda ya Nuestro Señor por el mundo, pues no desearía ser un nuevo Lázaro.

—Porque no es usted casado...

—Porque no tiene usted hijos...

—Porque no tiene usted madre...

—Según eso, ¿no cree usted en el amor de los hermanos, ni en el de los hijos, ni en el de las esposas, más allá de la tumba?

—En lo que no creo es en el deseo sincero y ardiente de los vivos, de que vuelvan los que les dieron su eterna despedida, sobre todo, pasados los primeros días de agudo dolor. Y aun me atrevo a afirmar una cosa, y es que si los muertos resucitados no serían bien recibidos, debería ser esto no sólo a la falta de amor de sus deudos, sino, en muchos casos, a la falta de merecimientos de aquéllos.

—Sí, tratándose de los malos...

—Y también de los que pasaron por buenos, de los muy llorados...



—¡Hombre!, pero si han sido muy llorados...
A menos que después de llorar una mujer a su marido, por ejemplo, venga a notar los defectos de que adolecía.

—Exactamente. —Sin embargo, lo que por lo general se observa es que se elogia a todos los muertos hasta la exageración. —Signo de cobardía social; de la debilidad humana, en general. Además, por [más] malos que hayan sido con nosotros los que ya no existen, puesto que la muerte nos vengó de ellos, ya nada nos cuesta el elogiarlos. ¡Si a tan poca costa nos hubiéramos de librar de todos nuestros enemigos, no se cansaría nuestra lengua de cantar sus alabanzas en hiperbólicas

necrologías! Y a propósito, sé un cuentecillo.

—¡Pues a contarlo, a contarlo!

—Escuchadme.

Todos los que de sobremesa sostenían esta conversación filosófico-psicológica y que habían escuchado con creciente interés a aquél de ellos, que con sus apreciaciones daba muestra de mayor pesimismo, le miraron con curiosidad, y se le aproximaron, dispuestos a no perder una sílaba del relato que ya parecía palpar en sus labios.

Él, sin disimular esa satisfacción que produce siempre en el ánimo del que habla tener atento auditorio, comenzó así: —El sepulturero de mi pueblo era un ser original. Ejercía su lúgubre oficio desde antes de que yo naciera y, a pesar de dicho oficio y de las rarezas de su carácter, que eran inofensivas, todos le querían en el lugar.

Era yo, de chiquillo, uno de sus predilectos amigos, tal vez porque me hallaba siempre dispuesto a escuchar sus extrañas historias, que a menudo tenían origen en las alucinaciones que padecía. Era un hombre que, en medio de sus extravagancias, no carecía de cierta cultura, y, por lo tanto, no pude explicarme nunca, ni me explico hoy mismo, el porqué había elegido o aceptado el poco envidiable empleo que desempeñaba. Indudablemente era esta una prueba de que su cerebro no era normal.

Ya he dicho que sus cuentos me divertían, y después de mis largos paseos solía entrar a hacerle compañía por un buen rato, en esa silenciosa ciudad de que era guardián.

En una hermosa tarde —era ya yo un adolescente

—, sentados ambos sobre una tumba, a la sombra de los cipreses y de cara al sol poniente, cuyos rayos ya casi horizontales, doraban las enhiestas cimas de esos árboles amigos y compañeros de los muertos, me contó la macabra escena que había presenciado la noche anterior, y aunque comprendí yo que era sólo producto de su imaginación enfermiza, me causó su relato tan honda impresión que jamás se ha borrado de mi memoria.

Debo advertiros, antes de dejarle a él la palabra, que Lorenzo —éste era su nombre— estaba tan familiarizado con sus muertos, que solía dormir entre ellos, ya junto a una sepultura, ya junto a otra, en cualquiera de las fúnebres avenidas en que le tomaba la hora del descanso.



Y ahora, oíd su historia que, como os he dicho ya, tengo tan presente, que creo podré repetíroslo sin quitar ni añadir palabra.

—¡Día muy agitado fue el de ayer, como que estuvimos a 2 de noviembre! La noche, sobre todo la noche, ha sido terrible para mí.

Así comenzó él. Yo le invité a que siguiera y no volví a interrumpirle hasta que concluyó.

—Las visitas que habían recibido mis huéspedes —prosiguió, refiriéndose a los muertos— los tenían inquietos y mal humorados. Su reposo había sido turbado y no podían recuperarlo. Las protestas de cariño eterno que a través de la losa sepulcral habían escuchado de parientes y amigos, [así como] las lágrimas que se habían filtrado por los intersticios de las lápidas, habían hecho renacer en ellos el deseo de la vida y de aquí que

prorrumpieran en clamorosos ayes y que los más ardientes ruegos al Todopoderoso turbaran el acostumbrado silencio de estos lugares.

Al principio hablaba y se quejaba cada uno aisladamente dentro de su tumba, después comenzaron a comunicarse sus impresiones.

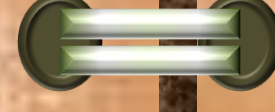
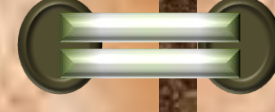
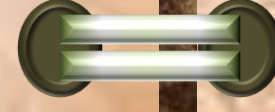
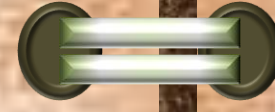
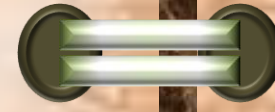
Primero fueron monólogos, en seguida diálogos.

—¡Mis pobres hijos! ¡Cuánto han llorado hoy! ¡Y que no me sea permitido ir a enjugar su llanto!

—¡Mi mujer! ¡Mi inconsolable esposa! ¡Si el Señor me concediera la gracia de que fuera a hacerle una visita!

—Yo no tenía más que a mi hija —gritaba una voz femenina—.

Solas, desamparadas, trabajábamos juntas para vivir.



¿Qué será de ella desde que le faltó? ¡Señor, Señor, muy cruel ha sido tu decreto! ¡Haz que vuelva a la vida, para el consuelo de la hija de mis entrañas!

—Vosotros todos habíais cumplido vuestra misión en la tierra —sollozaba otra voz de mujer—, pero yo, ¡yo que he muerto a los dieciocho años! ¡Yo que he dejado a mi novio en la más horrible desesperación!... ¡Yo soy la que tengo el derecho de reclamar unos años más de existencia!

—Todos queremos volver a la vida.

—Todos.

—Todos —gritaron muchas voces a la vez
El Ángel de la Muerte, ese bello Ángel de la Muerte que se yergue sobre su hermoso pedestal en medio de la gran avenida, se volvió lentamente hacia los sepulcros de donde salían las quejas. Separó de sus labios el dedo que sobre ellos tiene en actitud de

imponer silencio, y se oyeron estas frases solemnes, que resonaron con eco pavoroso en medio de la noche, en la fúnebre mansión:

—El Dios de la Eternidad, el Dios uno y trino, permite volver a tomar la forma humana a todos los que así lo deseen, pero a condición de que sólo permanecerán bajo ella los que sean bien recibidos por sus deudos. Los demás volverán aquí, para caer de nuevo en sus sepulcros. La prueba ha de hacerse esta misma noche. Levantaos y andad.

Se hizo otra vez el silencio y recobró el Ángel de piedra su inmovilidad acostumbrada.

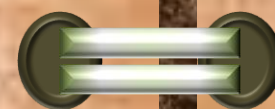
Comenzaron a abrirse los sepulcros.

En sus bocas tenebrosas fueron apareciendo sus habitantes. Despojándose rápidamente del sudario, los esqueletos tomaban sus antiguas formas.

En este momento asomó la luna su faz plateada por entre los altos cipreses. Su luz pálida y misteriosa fue a reflejarse sobre el mármol de las tumbas, dándoles un aspecto fantástico.

De ésta salía un viejo de figura venerable; de la de más allá, un hombre en la fuerza de la edad, gallardo y simpático. Ya aparecía una anciana caduca; ya una bellísima adolescente. Y también figuras repelentes, hombres y mujeres marcados con el sello de los vicios y de las pasiones más repugnantes. Vi a uno, sobre todo, a un mocetón, hasta de unos veinticinco años, con la fisonomía más repulsiva que darse pueda.

Tenía una expresión bestial, si expresión puede llamarse a la revelación, por medio de innobles gestos, de los más perversos instintos de que es capaz el alma humana.



Había sido un beodo consuetudinario, un ebrio impulsivo que maltrataba a diario a su propia madre y que, tal vez en castigo de su infame conducta, fue asesinado una noche en una orgía.

Todos en larga hilera, en no interrumpida procesión, caminando con cierta rigidez cadavérica, comenzaron a desfilar por delante del Ángel de la Muerte, y a cada paso que daban, iba aumentando su número.

Era el éxodo de los muertos.

Pronto se perdieron por las calles que hacia afuera de esta triste mansión conducen.

Atónito yo, ante semejante despoblamiento, alcé los ojos asombrados hacia el Ángel de la Muerte, autor inmediato del desconcierto.

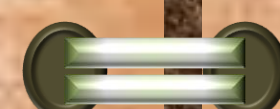
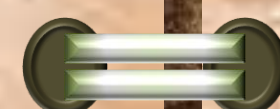
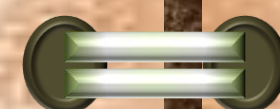
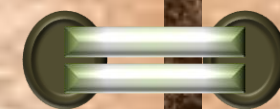
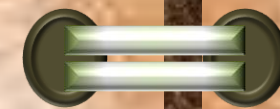
Volvieron a moverse sus labios pétreos.

—No tardarán en regresar a este recinto —dijo, contestando a mi muda interrogación— porque no hallarán quién los reciba de buena voluntad.

—¿Y todos esos que vienen a llorar ante sus tumbas, todos esos que traen flores y tarjetas?

—me atreví a preguntar— ¿Mienten todos? ¿Fingen un dolor que no sienten?

—Sobre eso habría mucho que decir. Algunos lo sienten verdaderamente, otros no. Pero entre estos últimos se encuentran muchos a quienes no puede tachárseles de hipócritas, sin embargo. Maridos y mujeres hay que muestran un gran dolor por la muerte de sus respectivos cónyuges, y este sentimiento que aparentan no es una hipocresía sino una generosidad que va más allá de la tumba. Fueron infelices en su matrimonio y no quieren confesarlo después de muerto aquél o aquélla que fue su verdugo, sino que siguen ocultándolo, como lo ocultaron



mientras vivió. Es una especie de pudor y, como tal, digno de respeto. A la verdad —continuó diciendo el sepulturero—, no sé si todo esto me lo dijo real y efectivamente el Ángel de la Muerte o me lo sugirió mi propia imaginación — extraordinariamente exaltada en esos momentos por las excepcionales circunstancias—, pero el hecho es que yo obtuve la respuesta a mis dudas de un modo claro y preciso.

Vibraban aún en mis oídos las últimas frases de ella, cuando vi que avanzaba hacia nosotros el mismo compacto grupo de personas que había salido del cementerio pocos momentos antes. Ya estaba de regreso.

A la cabeza del grupo venía el anciano, y caminaba con tal celeridad, que claramente demostraba que más prisa tenía por volver a su antiguo reposo, que la que había tenido por abandonarlo.

—¡He visto a mis hijos! —gritaba— Desde que yo faltó, se han casado los tres. Se repartieron mi fortuna, y cada cual vive feliz. He ido a las tres casas y los he visto sin que me vieran ellos. No me rechazarían, probablemente, pero no les hago falta. Sus mujeres, que no me han conocido, no tienen por qué amarme. A sus hijos, que no me han visto jamás, tal vez les inspiraría miedo mi semblante adusto y lleno de arrugas. Me he regresado presuroso: bien me estoy en mi tumba.

—Yo he visto a mi mujer —dijo el que seguía, que era el apuesto joven—. ¡Ojalá no hubiera salido de mi ataúd! No vive ahora con el lujo a que yo la tenía acostumbrada. En humilde cuarto estaba y todos nuestros hijos dormían apaciblemente en la misma estancia.

Ella velaba y cosía. De cuando en cuando caía de sus cansados ojos una lágrima que iba a perderse en la tela en que trabajaban sus enflaquecidas manos. Pensé que lloraba por mí y ya iba a revelarle mi presencia, cuando por su frente blanca y pura como su conciencia, vi pasar sus pensamientos y he aquí lo que en ellos leí:

—¡Déjame llorar de gratitud, Dios mío! Mucho amé a mi Alfonso, mucho sentí su muerte, pero hoy comprendo tu misericordia infinita al decretarla y te doy gracias desde lo íntimo de mi alma. Ahora me doy cuenta de que se hallaba él al borde de horrible abismo, del abismo de los vicios, y de que allí se habría sepultado irremisiblemente a haber vivido algún tiempo más, y mis pobres e inocentes hijos, que hoy veneran su memoria, habrían quedado deshonorados y aún, quizás, hubieran seguido

sus funestos ejemplos. ¡Gracias, Señor, gracias! ¡Mucho le amé, pero tu sabiduría admiro y tu misericordia alabo!

Y de un salto, se hundió de nuevo el mozo, en su abierto sepulcro.

—¡Es más dichosa que cuando yo vivía! —venía diciendo la viejecita, entre sollozos desgarradores— ¿Cómo no adiviné que se sacrificaba por mí? ¡Se ha casado! Estaba enamorada desde que yo existía, pero ocultaba su amor por no abandonarme, ni despertar los celos de mi cariño. Su marido es pobre, pero la hace dichosa. ¿Para qué había de presentármelo? No me necesita. Vuelvo a ponerme mi sudario.

—¡A la tumba! ¡A la tumba! —gritaba la bella adolescente, que en pos de los otros venía— Creí encontrar desesperado a mi novio —prosiguió

vertiendo abundantes lágrimas—, a mi novio, que aseguraba morirse si yo le faltaba, ¡y le encuentro jurando amor eterno a su nueva futura! ¡A la tumba! ¡A la tumba! ¡No hay amores eternos en el mundo! —¿Así es que volvéis completos? —preguntó con su voz grave, pero en la que se advertía cierto acento irónico, el Ángel de la Muerte.

—No todos: se ha quedado uno —contestó el último de los del grupo que había emigrado de esta mansión de la paz.

—¿Cuál? —Santiago, aquel que fue asesinado en una orgía, el que golpeaba a su madre.

—¿Y quién le recibió?

—Ella. Apenas le vio, se abalanzó hacia él, abrazándole tan fuertemente que no habría sido posible arrancarle de sus brazos.

Ni él lo pretendió. ¡Hay diferencia entre el duro y frío ataúd y los amorosos brazos de una madre!

—Calló Lorenzo y yo callo también —concluyó el narrador—. ¿No os parece que tuve razón al deciros que sólo los que tienen madre pueden resucitar?





Ahora que acabas de leer mi relato, te desafío a responder las preguntas de la FICHA 9 de tu libro.

ACTIVIDAD N.º 8

1. NIVEL LITERAL

¿Qué acciones sí se corresponden al desarrollo del relato?

- I. El Ángel de la Muerte es un ente enviado desde el cielo para recobrarles la vida a los muertos .
- II. El personaje que fue testigo del hecho sobrenatural, el retorno de los muertos a la vida, es el narrador principal.
- III. Lorenzo es el guardián y sepulturero del pueblo donde vive nuestro principal narrador.
- IV. Todos los muertos regresan a sus tumbas.
- V. El Ángel de la Muerte después de otorgar la vida vuelve a su condición de estatua

A) II – IV

B) I – II

 III – V

D) II – III

2. NIVEL INFERENCIAL

De acuerdo a lo planteado en la discusión filosófica entre el narrador y Lorenzo, ¿por qué solo podrían resucitar aquellos que tienen madre?

Porque la madre es el único ser que, pese a la ingratitud o traición de uno de sus hijos, mantendrá siempre su amor incólume. En ese sentido, Santiago fue el único ser que fue aceptado de buena gana por su madre.

3. NIVEL CRÍTICO - VALORATIVO

¿Consideras correcto el criterio del Ángel de la Muerte al otorgarles la vida a todos, sin mayor distinción?

Considero que el criterio del Ángel de la Muerte pudo ser diferente y solo entregar la posibilidad de regresar a la vida a aquellos que fueron buenos.

4. NIVEL CREATIVO

Si te pidieran redactar un desenlace diferente para este cuento, ¿qué hechos principales cambiarías?

¿Qué hechos modificarías?



5. MEJORANDO NUESTRAS HABILIDADES BLANDAS

Dentro de los varios temas que se aborda en el relato está el amor a la familia. ¿Qué actitudes consideras indispensables para fortalecerlas? Cuéntanos.

- Comunicación
- Respeto
- Solidaridad
- Gratitude

FIN!

*Te animo a buscar más información
sobre mis cuentos fantásticos. ¡Hasta la
próxima!*

